Incidente en el Plaza

Por Rodrigo Fresán

Es probable que *El gran Gatsby* de Francis Scott Fitzgerald sea la novela que mejor soporta sucesivas lecturas.

Siempre es perfecta y siempre –se tiene la impresión, la certeza– descubrimos en ella algo que se nos había pasado por alto: la descripción de un atardecer, de una sonrisa, de una cortina mecida por el viento, de la suavidad de unas camisas.

Cuando el poeta inglés T. S. Eliot la leyó en 1925, afirmó que era "el primer paso importante que había dado la novela americana desde Henry James".

Tenía razón y, al mismo tiempo, se equivocaba: porque el verdadero encanto de *El gran Gatsby* –su más auténtico mérito histórico– es el de no venir de ninguna parte sino de ir hacia delante.

El gran Gatsby inicia el cierre de una época de los Estados Unidos –los años locos– para inaugurar la idea de la Depresión, el fracaso, el Crack-Up.

Y Fitzgerald –cronista dedicado y comprometido– primero ofrece a Jay Gatsby como víctima propiciatoria y, enseguida, se ofrece a sí mismo.

Sin lugar a dudas el libro más estructuralmente perfecto del autor, *El gran Gatsby* es, básicamente, una sucesión de grandes momentos perfectamente ordenados para así resultar en una Tragedia Americana como pocas veces se ha escrito.

Nick Carraway –el hallazgo de un narrador objetivo y a la vez involucrado en la acción que recuerda a aquellos testigos de Joseph Conrad– es el encargado de ordenar el caos de una gran historia de amor que, finalmente, acaba siendo un clínico análisis de esa compulsión tan norteamericana por obtener dinero y trascendencia cueste lo que cueste.

Jay Gatsby –*entrepeneur* sospechoso cuya figura representa la idea por entonces flamante del Nuevo Rico– intenta mezclarse con la alta sociedad y las cosas le salen mal.

Como a Fitzgerald.

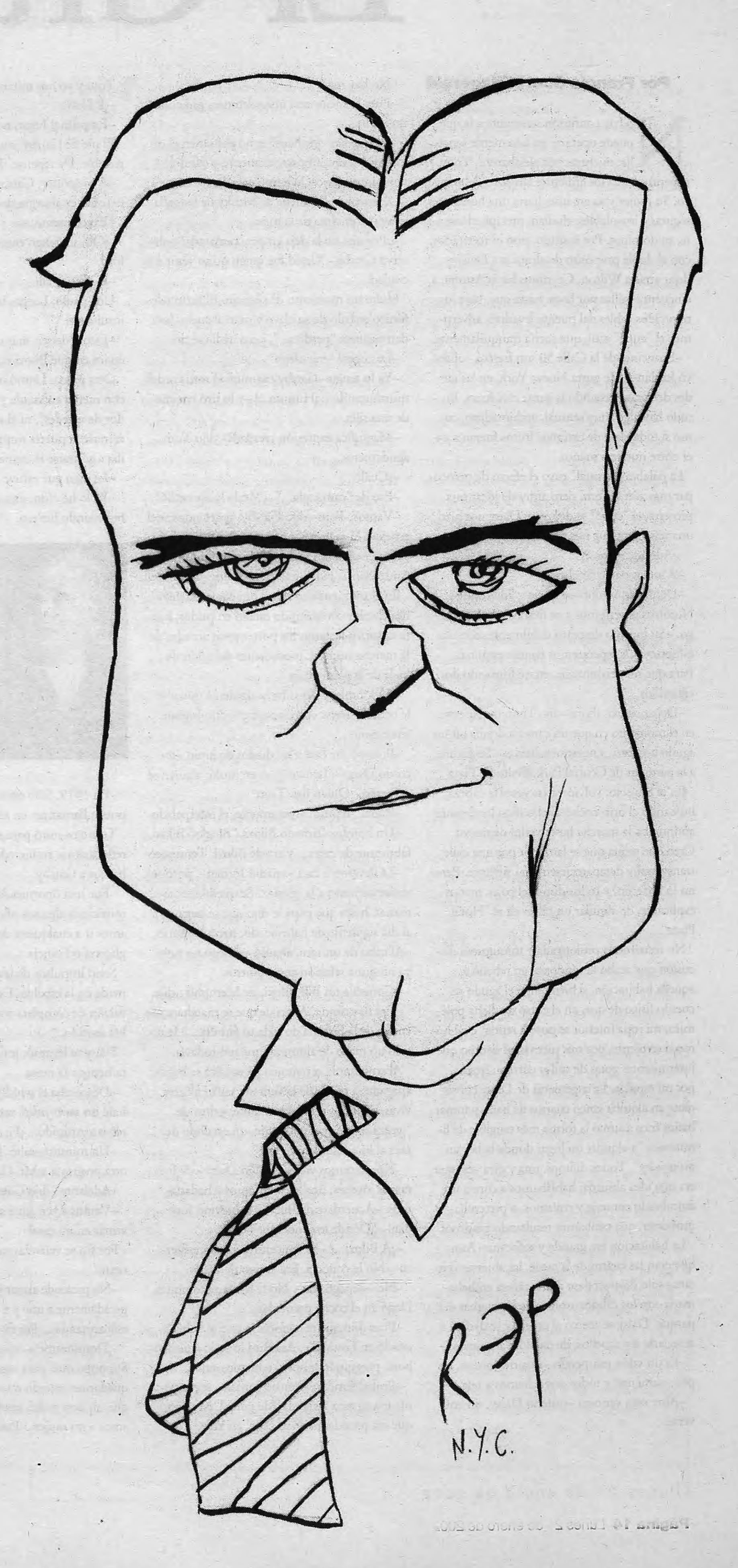
Como a Capote después.

Sí, los ricos eran y son diferentes y todo *El gran Gatsby* –y casi toda la obra de Fitzgerald– habla sobre la imposibilidad de compatibilizar esa diferencia con el ideal romántico de un "futuro orgiástico".

Tal vez por eso las excelentes críticas que recibió el libro en su día no fueron suficientes para hacerlo un éxito de ventas. Fitzgerald lo atribuyó a un título que no le convencía del todo y a que "el libro no tiene un personaje femenino atractivo y son las mujeres las que compran los libros".

A los pocos años de la muerte del autor, la novela fue redescubierta como obra maestra, imprescindible, grande, cada vez mejor.

El fragmento seleccionado para estas páginas es parte del capítulo VII, donde todos se van al Hotel Plaza de N.Y. y –aunque ninguno de ellos se dé cuenta– la tragedia está servida junto con el champagne, en bandeja de plata.



El Gran Gat

Por Francis Scott Fitzgerald

No hay confusión semejante a la que puede operarse en una mente sencilla; mientras nos alejábamos, Tom experimentaba los ardientes latigazos del pánico. Su mujer y su amante, hasta una hora antes seguras e inviolables, eludían, precipitadamente, su dominio. Por instinto, pisó el acelerador, con el doble propósito de alcanzar a Daisy y dejar atrás a Wilson. Corrimos hacia Astoria, a cincuenta millas por hora, hasta que, bajo los retorcidos cables del puente levadizo, advertimos el "cupé" azul, que corría tranquilamente.

–Esos cines de la Calle 50 son frescos –observó Jordan–. Me gusta Nueva York, en las tardes de verano, cuando la gente está fuera. En todo hay algo muy sensual, archimaduro, como si toda clase de extraños frutos fueran a caer entre nuestras manos.

La palabra "sensual" tuvo el efecto de preocupar más aún a Tom, pero antes de idear una protesta, el "cupé" se detuvo y Daisy nos hizo una seña para que nos acercáramos.

–¿Adónde vamos?

–¿Qué os parece ir al cine?

–Demasiado calor –se quejó–. Id vosotros. Nosotros pasearemos y os iremos a buscar luego. –Su ingenio despertó débilmente, con un esfuerzo-: Os esperaremos en una esquina... Para que me reconozcáis, estaré fumando dos cigarrillos.

–Dejemos eso, ahora –dijo Tom, impaciente, en el momento en que un camión dejaba oír un agudo bocinazo a nuestras espaldas–. Seguidme a la parte sur de Central Park, frente al "Plaza".

En el trayecto, volvió varias veces la cabeza, buscando el otro coche; si el tráfico les detenía, aminoraba la marcha hasta verles de nuevo. Creo que temía que se lanzaran por una calle transversal y desapareciesen para siempre. Pero no lo hicieron, y todos dimos el paso, menos explicable, de alquilar un salón en el "Hotel Plaza".

No recuerdo la prolongada y tumultuosa discusión que acabó llevándonos en rebaño a aquella habitación, si bien tengo el agudo recuerdo físico de que, en el curso de dicha polémica, mi ropa interior se puso a reptar, cual húmeda serpiente, por mis piernas, al tiempo que intermitentes gotas de sudor corrían, frescas, por mi espalda. La sugerencia de Daisy consistente en alquilar cinco cuartos de baño y tomar baños fríos asumió la forma más tangible de limitarnos "a alquilar un lugar donde beber un *mint-julep*". Todos dijimos, una y otra vez, que era una idea absurda; hablábamos a coro a un asombrado conserje y creíamos, o pretendíamos creer, que estábamos resultando graciosos.

La habitación era grande y sofocante. Aunque eran las cuatro de la tarde, las abiertas ventanas sólo dejaron paso a una ráfaga embalsamada con los cálidos aromas de las hierbas del parque. Daisy se acercó al espejo y se dedicó a arreglarse los cabellos, de espaldas a nosotros.

–Es un salón estupendo –susurró Jordan, respetuosamente; y todos nos echamos a reír.

–Abre otra ventana –ordenó Daisy, sin volverse.

–No hay más.

–Pues lo mejor será que telefonees pidiendo un hacha.

–Lo que hay que hacer es no pensar en el calor –dijo Tom, impacientemente–; dándole tanta importancia lo empeoráis diez veces.

–Desenvolvió la botella de whisky de la toalla, y la puso encima de la mesa.

–¿Por qué no la deja en paz, camarada? –observó Gatsby–. Usted fue quien quiso venir a la ciudad.

Hubo un momento de silencio. El listín telefónico resbaló de su clavo y cayó al suelo. Jordan susurró: "perdón...", pero nadie se rió.

–Lo cogeré –me ofrecí.

–Ya lo tengo –Gatsby examinó el roto cordel, murmurando–: ¡Huuum...! –y lo tiró encima de una silla.

–Magnífica expresión ¿verdad? –dijo Tom, agudamente.

–¿Cuál?

–Eso de "camarada..." ¿Dónde lo aprendió?

–Vamos, Tom –dijo Gatsby, apartándose del espejo–. Si te pones a hacer comentarios de índole personal, no me quedo ni un minuto... Anda, llama, pide hielo para el *mint-julep*.

En el momento en que Tom cogía el teléfono, el calor comprimido estalló en ruidos; hasta nosotros llegaron los portentosos acordes de la marcha nupcial, procedentes del salón de baile de la planta baja.

–¡Es asombroso que haya alguien a quien se le ocurra casarse con este calor! –dijo Jordan, tristemente.

–Pues yo me casé a mediados de junio –recordó Daisy–. Louisville..., en junio; alguien se desmayó. ¿Quién fue, Tom?

–Biloxi –repuso, ásperamente, el interpelado.

–Un hombre llamado Biloxi, "Blocks" Biloxi, fabricante de cajas..., y era de Biloxi, Tennessee.

–Le llevaron a casa –añadió Jordan–, porque vivíamos junto a la iglesia... Se quedó tres semanas, hasta que papá le dijo que se largase. Y al día siguiente de haberse ido, papá se murió. –Al cabo de un rato, añadió–: Luego no tuvo ya ninguna relación con nosotros.

–Conocí a un Bill Biloxi, de Memphis –dije.

–Era su primo... Antes de que se marchara me enteré de la historia de toda su familia... Me regaló un mazo de aluminio que uso todavía.

Al empezar la ceremonia, la música se había apagado; a través de la ventana salían alegres vivas, seguidos por intermitentes gritos de "¡yeaeaea-ea!", y, finalmente, un estallido de *jazz* al iniciarse el baile.

–Nos hacemos viejos... –dijo Daisy–. Si fuéramos jóvenes, nos levantaríamos y bailaríamos. –Acuérdate de Biloxi –la previno Jordan–. ¿Dónde le conociste, Tom?

–¿A Biloxi...? –Se concentró con un esfuerzo–. No le conocía. Era amigo de Daisy.

–No –denegó ella–. No le había visto nunca. Llegó en el coche particular...

–Pues dijo que te conocía..., que se había criado en Louisville. Asa Bird lo trajo a última hora, preguntándonos si teníamos sitio.

–Probablemente –sonrió Jordan– se proponía ir a su casa viajando "de gorra". Me dijo que era presidente de tu clase, en Yale.

Tom y yo nos miramos extrañados.

–¡Biloxi!

–En primer lugar, no teníamos presidente.

El pie de Gatsby inició un corto e inquieto redoble. De repente, Tom le miró:

–A propósito, Gatsby, tengo entendido que es usted ex alumno de Oxford.

–Exactamente, no.

–¡Oh, sí!; tengo entendido que estuvo en Oxford.

–Sí, estuve allí.

Una pausa. Luego, la voz de Tom, incrédula, insultante:

–Debió de ser, más o menos, en la misma época en que Biloxi estuvo en Hew Haven.

Otra pausa. Llamó un camarero, entrando con menta aplastada y hielo, pero ni su "servidor de ustedes", ni el suave ruido producido al cerrarse la puerta rompieron el silencio. Por fin iba a aclararse el tremendo detalle.

–Le digo que estuve allí.

–Ya lo he oído; sin embargo, me gustaría saber cuándo fue eso.







–En 1919. Sólo estuve cinco meses; por eso puedo llamarme, en realidad, ex alumno.

Tom nos miró para ver si también nosotros reflejábamos su incredulidad; pero todos mirábamos a Gatsby.

–Fue una oportunidad dada, después del armisticio, a algunos oficiales –prosiguió–. Podíamos ir a cualquiera de las universidades de Inglaterra o Francia.

Sentí impulsos de levantarme y darle una palmada en la espalda. Experimentaba una renovación de completa confianza, que ya antes había sentido.

Daisy se levantó, sonriendo, y se dirigió lentamente a la mesa.

–Descorcha el whisky, Tom –ordenó–. Te haré un *mint-julep*; verás cómo no te encontrarás tan estúpido... ¡Fijaos en la menta...!

–Un minuto –saltó Tom–: desearía hacer otra pregunta a Mr. Gatsby.

–Adelante –dijo Gatsby, cortésmente.

–Vamos a ver; ¿qué clase de jaleo pretende armar en mi casa?

Por fin se veían las caras; Gatsby estaba contento.

–No pretende armar jaleo –Daisy miró desesperadamente a uno y a otro–: Eres tú el que lo está armando... ¡Por favor, domínate un poco...!

–¡Dominarme! –repitió Tom, maravillado–. Supongo que, para seguir la moda, tengo que quedarme sentado tranquilamente, dejando que un don nadie, salido del arroyo haga el amor a mi mujer... Pues si tienes esta idea, no cuentes conmigo. Ahora la gente empieza a burlarse de la vida de familia y de las instituciones familiares; más adelante se echará todo por la borda, y se permitirán los matrimonios entre blancos y negros.

Sofocado por su apasionada diatriba, se vio a sí mismo, erguido, solo, en la última barrera de la civilización.

–Aquí todos somos blancos... –murmuró Jordan.

–Sé que no soy muy popular... No doy grandes fiestas... Supongo que, en el mundo moderno, para tener amigos hay que convertir las casas en pocilgas. Enfadado como yo estaba, como estábamos todos, me entraban ganas de reír cada vez que Tom abría la boca, tan radical era su transformación de libertino en moralista pedante.

–Tengo algo que decir... –empezó Gatsby; pero Daisy adivinó su intención:

–No, por favor –interrumpió, suplicante–. ¡Vámonos a casa! ¿Por qué no nos vamos a casa...?

–Es una buena idea –Me levanté–. Vamos, Tom, nadie quiere beber...

–Quiero saber lo que Mr. Gatsby tiene que decir.

–Su mujer no le quiere –manifestó Gatsby–; jamás le ha querido. ¡Me quiere a mí!

–¡Está usted loco! –exclamó Tom, automáticamente.

Gatsby se puso en pie, ardiendo de excitación.

–Nunca le ha amado, ¿me oye? Se casó con usted porque yo era pobre y se cansó de esperarme... Fue una terrible equivocación, pero, e el fondo, no ha amado a nadie más que a mí.

Al llegar a este punto, Jordan y yo intentamos irnos, pero Tom y Gatsby insistieron con obstinada firmeza en que nos quedáramos, como si no tuvieran nada que ocultar, y como si nos concedieran el obligado privilegio de compartir sus emociones.

–Siéntate, Daisy –La voz de Tom buscó, inu tilmente, la nota paternal–. ¿Qué ha habido entre vosotros? Quiero enterarme de todo...

–Ya le he dicho lo que ha habido –dijo Gatsby–. Hace cinco años que dura, y usted l ha estado ignorando.

Tom se volvió bruscamente hacia Daisy.

–¿Le has estado viendo durante cinco años?

–No, nos hemos visto –dijo Gatsby–. No po díamos vernos. Sin embargo, nos hemos estado queriendo todo el tiempo, camarada, y usted no lo sabía. A veces me reía –sin embargo, a sus ojos no asomó la menor hilaridad– al

El Gran Gatsby

La habitación era grande y sofocante. Aunque eran las cuatro de la tarde, las abiertas ventanas sólo dejaron paso a una ráfaga embalsamada con los cálidos aromas de las hierbas del parque.

Por Francis Scott Fitzgerald

No hay confusión semejante a la que puede operarse en una mente sencilla; mientras nos alejábamos, Tom experimentaba los ardientes latigazos del pánico. Su mujer y su amante, hasta una hora antes seguras e inviolables, eludían, precipitadamente, su dominio. Por instinto, pisó el acelerador, con el doble propósito de alcanzar a Daisy y dejar atrás a Wilson. Corrimos hacia Astoria, a cincuenta millas por hora, hasta que, bajo los retorcidos cables del puente levadizo, advertimos el "cupé" azul, que corría tranquilamente.

–Esos cines de la Calle 50 son frescos –observó Jordan–. Me gusta Nueva York, en las tardes de verano, cuando la gente está fuera. En todo hay algo muy sensual, archimaduro, como si toda clase de extraños frutos fueran a caer entre nuestras manos.

La palabra "sensual" tuvo el efecto de preocupar más aún a Tom, pero antes de idear una protesta, el "cupé" se detuvo y Daisy nos hizo una seña para que nos acercáramos.

–¿Adónde vamos?

–¿Qué os parece ir al cine?

–Demasiado calor –se quejó–. Id vosotros. Nosotros pasearemos y os iremos a buscar luego. –Su ingenio despertó débilmente, con un esfuerzo-: Os esperaremos en una esquina... Para que me reconozcáis, estaré fumando dos cigarrillos.

–Dejemos eso, ahora –dijo Tom, impaciente, en el momento en que un camión dejaba oír un agudo bocinazo a nuestras espaldas–. Seguidme a la parte sur de Central Park, frente al "Plaza".

En el trayecto, volvió varias veces la cabeza, buscando el otro coche; si el tráfico les detenía, aminoraba la marcha hasta verles de nuevo. Creo que temía que se lanzaran por una calle transversal y desapareciesen para siempre. Pero no lo hicieron, y todos dimos el paso, menos explicable, de alquilar un salón en el "Hotel Plaza".

No recuerdo la prolongada y tumultuosa discusión que acabó llevándonos en rebaño a aquella habitación, si bien tengo el agudo recuerdo físico de que, en el curso de dicha polémica, mi ropa interior se puso a reptar, cual húmeda serpiente, por mis piernas, al tiempo que intermitentes gotas de sudor corrían, frescas, por mi espalda. La sugerencia de Daisy consistente en alquilar cinco cuartos de baño y tomar baños fríos asumió la forma más tangible de limitarnos "a alquilar un lugar donde beber un *mint-julep*". Todos dijimos, una y otra vez, que era una idea absurda; hablábamos a coro a un asombrado conserje y creíamos, o pretendíamos creer, que estábamos resultando graciosos.

La habitación era grande y sofocante. Aunque eran las cuatro de la tarde, las abiertas ventanas sólo dejaron paso a una ráfaga embalsamada con los cálidos aromas de las hierbas del parque. Daisy se acercó al espejo y se dedicó a arreglarse los cabellos, de espaldas a nosotros.

–Es un salón estupendo –susurró Jordan, respetuosamente; y todos nos echamos a reír.

–Abre otra ventana –ordenó Daisy, sin volverse.

–No hay más.

–Pues lo mejor será que telefonees pidiendo un hacha.

–Lo que hay que hacer es no pensar en el calor –dijo Tom, impacientemente–; dándole tanta importancia lo empeoráis diez veces. –Desenvolvió la botella de whisky de la toalla, y la puso encima de la mesa.

–¿Por qué no la deja en paz, camarada? –observó Gatsby–. Usted fue quien quiso venir a la ciudad.

Hubo un momento de silencio. El listín telefónico resbaló de su clavo y cayó al suelo. Jordan susurró: "perdón...", pero nadie se rió.

–Lo cogeré –me ofrecí.

–Ya lo tengo –Gatsby examinó el roto cordel, murmurando–: ¡Huuum...! –y lo tiró encima de una silla.

–Magnífica expresión ¿verdad? –dijo Tom, agudamente.

–¿Cuál?

–Eso de "camarada..." ¿Dónde lo aprendió?

–Vamos, Tom –dijo Gatsby, apartándose del espejo–. Si te pones a hacer comentarios de índole personal, no me quedo ni un minuto... Anda, llama, pide hielo para el *mint-julep*.

En el momento en que Tom cogía el teléfono, el calor comprimido estalló en ruidos; hasta nosotros llegaron los portentosos acordes de la marcha nupcial, procedentes del salón de baile de la planta baja.

–¡Es asombroso que haya alguien a quien se le ocurra casarse con este calor! –dijo Jordan, tristemente.

–Pues yo me casé a mediados de junio –recordó Daisy–. Louisville..., en junio; alguien se desmayó. ¿Quién fue, Tom?

–Biloxi –repuso, ásperamente, el interpelado.

–Un hombre llamado Biloxi, "Blocks" Biloxi, fabricante de cajas..., y era de Biloxi, Tennessee.

–Le llevaron a casa –añadió Jordan–, porque vivíamos junto a la iglesia... Se quedó tres semanas, hasta que papá le dijo que se largase. Y al día siguiente de haberse ido, papá se murió. –Al cabo de un rato, añadió–: Luego no tuvo ya ninguna relación con nosotros.

–Conocí a un Bill Biloxi, de Memphis –dije.

–Era su primo... Antes de que se marchara me enteré de la historia de toda su familia... Me regaló un mazo de aluminio que uso todavía.

Al empezar la ceremonia, la música se había apagado; a través de la ventana salían alegres vivas, seguidos por intermitentes gritos de "¡yeaeaea-ea!", y, finalmente, un estallido de *jazz* al iniciarse el baile.

–Nos hacemos viejos... –dijo Daisy–. Si fuéramos jóvenes, nos levantaríamos y bailaríamos. –Acuérdate de Biloxi –la previno Jordan–. ¿Dónde le conociste, Tom?

–¿A Biloxi...? –Se concentró con un esfuerzo–. No le conocía. Era amigo de Daisy.

–No –denegó ella–. No le había visto nunca. Llegó en el coche particular...

–Pues dijo que te conocía..., que se había criado en Louisville. Asa Bird lo trajo a última hora, preguntándonos si teníamos sitio.

–Probablemente –sonrió Jordan– se proponía ir a su casa viajando "de gorra". Me dijo que era presidente de tu clase, en Yale.

Tom y yo nos miramos extrañados.

–¡Biloxi!

–En primer lugar, no teníamos presidente.

El pie de Gatsby inició un corto e inquieto redoble. De repente, Tom le miró:

–A propósito, Gatsby, tengo entendido que es usted ex alumno de Oxford.

–Exactamente, no.

–¡Oh, sí!; tengo entendido que estuvo en Oxford.

–Sí, estuve allí.

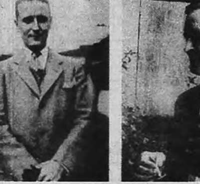
Una pausa. Luego, la voz de Tom, incrédula, insultante:

–Debió de ser, más o menos, en la misma época en que Biloxi estuvo en Hew Haven.

Otra pausa. Llamó un camarero, entrando con menta aplastada y hielo, pero ni su "servidor de ustedes", ni el suave ruido producido al cerrarse la puerta rompieron el silencio. Por fin iba a aclararse el tremendo detalle.

–Le digo que estuve allí.

–Ya lo he oído; sin embargo, me gustaría saber cuándo fue eso.


–En 1919. Sólo estuve cinco meses; por eso puedo llamarme, en realidad, ex alumno.

Tom nos miró para ver si también nosotros reflejábamos su incredulidad; pero todos mirábamos a Gatsby.

–Fue una oportunidad dada, después del armisticio, a algunos oficiales –prosiguió–. Podíamos ir a cualquiera de las universidades de Inglaterra o Francia.

Sentí impulsos de levantarme y darle una palmada en la espalda. Experimentaba una renovación de completa confianza, que ya antes había sentido.

Daisy se levantó, sonriendo, y se dirigió lentamente a la mesa.

–Descorcha el whisky, Tom –ordenó–. Te haré un *mint-julep*; verás cómo no te encontrarás tan estúpido... ¡Fijaos en la menta...!

–Un minuto –saltó Tom–: desearía hacer otra pregunta a Mr. Gatsby.

–Adelante –dijo Gatsby, cortésmente.

–Vamos a ver; ¿qué clase de jaleo pretende armar en mi casa?

Por fin se veían las caras; Gatsby estaba contento.

–No pretende armar jaleo –Daisy miró desesperadamente a uno y a otro–: Eres tú el que lo está armando... ¡Por favor, domínate un poco...!

–¡Dominarme! –repitió Tom, maravillado–. Supongo que, para seguir la moda, tengo que quedarme sentado tranquilamente, dejando que un don nadie, salido del arroyo haga el amor a mi mujer... Pues si tienes esta idea, no cuentes conmigo. Ahora la gente empieza a burlarse de la vida de familia y de las instituciones familiares; más adelante se echará todo por la borda, y se permitirán los matrimonios entre blancos y negros.

Sofocado por su apasionada diatriba, se vio a sí mismo, erguido, solo, en la última barrera de la civilización.

–Aquí todos somos blancos... –murmuró Jordan.

–Sé que no soy muy popular... No doy grandes fiestas... Supongo que, en el mundo moderno, para tener amigos hay que convertir las casas en pocilgas. Enfadado como yo estaba, como estábamos todos, me entraban ganas de reír cada vez que Tom abría la boca, tan radical era su transformación de libertino en moralista pedante.

–Tengo algo que decir... –empezó Gatsby; pero Daisy adivinó su intención:

–No, por favor –interrumpió, suplicante–. ¡Vámonos a casa! ¿Por qué no nos vamos a casa...?

–Es una buena idea –Me levanté–. Vamos, Tom, nadie quiere beber...

–Quiero saber lo que Mr. Gatsby tiene que decir.

–Su mujer no le quiere –manifestó Gatsby–; jamás le ha querido. ¡Me quiere a mí!

–¡Está usted loco! –exclamó Tom, automáticamente.

Gatsby se puso en pie, ardiendo de excitación.

–Nunca le ha amado, ¿me oye? Se casó con usted porque yo era pobre y se cansó de esperarme... Fue una terrible equivocación, pero, en el fondo, no ha amado a nadie más que a mí.

Al llegar a este punto, Jordan y yo intentamos irnos, pero Tom y Gatsby insistieron con obstinada firmeza en que nos quedáramos, como si no tuvieran nada que ocultar, y como si nos concedieran el obligado privilegio de compartir sus emociones.

–Siéntate, Daisy –La voz de Tom buscó, inútilmente, la nota paternal–. ¿Qué ha habido entre vosotros? Quiero enterarme de todo...

–Ya le he dicho lo que ha habido –dijo Gatsby–. Hace cinco años que dura, y usted lo ha estado ignorando.

Tom se volvió bruscamente hacia Daisy.

–¿Le has estado viendo durante cinco años?

–No, nos hemos visto –dijo Gatsby–. No podíamos vernos. Sin embargo, nos hemos estado queriendo todo el tiempo, camarada, y usted no lo sabía. A veces me reía –sin embargo, a sus ojos no asomó la menor hilaridad– al pensar que usted no lo sabía.

–¡Oh, eso es todo...! –Tom juntó sus dedos en actitud beatífica y se recostó en la silla–. ¡Está loco! –estalló–. No puedo decir nada de lo que ocurrió hace cinco años porque no conocía a Daisy, y que me aspen si entiendo cómo pudo acercarse a ella..., a no ser que fuera el que entra los comestibles por la puerta trasera... Pero el resto es una endiablada mentira. Cuando nos casamos, Daisy me quería; y sigue queriéndome ahora.

–No –opuso Gatsby, moviendo la cabeza.

–¡Claro que sí; lo que pasa es que, a veces, se le meten ideas tontas en la cabeza y no sabe lo que hace –afirmó Tom juiciosamente–. Y lo que es más: yo también la quiero. De vez en cuando echo una canita al aire y me porto como un tonto, pero siempre vuelvo a ella. En el fondo del alma, no dejo de quererla.

–¡Eres asqueroso! –exclamó Daisy; se volvió a mí. Su voz bajó una octava, y llenó la habitación con su escalofriante sarcasmo–. ¿Sabes por qué nos marchamos de Chicago? Me extraña que no te hayan deleitado con la historia de la cana al aire.

Gatsby se le acercó, colocándose a su lado.

–Ya pasó todo, Daisy –le dijo ansiosamente–. No tiene importancia. Sólo debes decirle la verdad: que nunca le has querido, y que todo queda borrado para siempre.

Ella le miró, sin verle.

–¿Cómo puedo..., podía quererle?

–Nunca le quisiste.

Daisy vaciló; sus pupilas nos miraron a Jordan y a mí con una especie de súplica, como si, por fin, se diera cuenta de lo que estaba haciendo, y como si nunca, en momento alguno, hubiera tenido la intención de hacerlo. Pero ya estaba hecho. Era demasiado tarde.

–Nunca le quise –dijo, con perceptible esfuerzo.

–¿Tampoco en Kapiolani? –inquirió Tom, súbitamente.

–No... Ahogados y sofocantes acordes flotaban hacia arriba, desde el salón de baile, empujados por cálidas oleadas de aire.

–¿Ni el día en que te llevé en brazos desde Punch Bowl, para que no te mojaras los pies? –En su voz había una ronca ternura–. ¡Contéstame, Daisy...!

–No, ¡por favor! –Su voz era fría, mas todo rencor había desaparecido de ella. Miró a Gatsby–. ¡Oh, Jay! –dijo. Su mano temblaba al encender el cigarrillo. Repentinamente, tiró el cigarrillo y la cerilla a la alfombra–. ¡Pides demasiado! –gritó–. Te quiero ahora, ¿no es suficiente? No puedo evitar el pasado... –empezó a llorar, completamente indefensa–. Es cierto que quise a Tom, pero también te quise a ti.

Gatsby parpadeó, desconcertado.

–¡*También* me quisiste...!

–Incluso eso es mentira –dijo Tom, salvajemente–. Ella no sabía que usted vivía... ¡Vaya, hay cosas, entre Daisy y yo, que usted nunca sabrá...! Cosas que ninguno de los dos podremos olvidar.

Estas palabras parecieron morder a Gatsby.

–Quiero hablar a solas con Daisy –insistió–. Ahora está excitada.

–No puedo decir que nunca quise a Tom... –declaró Daisy, con voz lastimera–. No sería verdad.

–Claro que no –asintió Tom.

Daisy se dirigió a su marido:

–¡Como si te importara...!

–¡Claro que me importa! De ahora en adelante cuidaré mejor de ti.

–¿Es que no lo comprende? –dijo Gatsby, con verdadero pánico–. No se cuidará nunca más de ella.

–Ah, ¿no? –Tom abrió los ojos desmesuradamente, rompiendo a reír. Ahora podía permitirse el lujo de dominarse–. ¿Y por qué?

–Daisy le abandona.

–¡Sandeces...!

–Pues, sí –dijo ella, con visible contrariedad.

–¡No me abandona! –Las palabras de Tom parecieron abalanzarse sobre Gatsby–. Desde luego, no me dejará por un vulgar estafador que tendría que robar la sortija que le pusiera en el dedo.

–¡No puedo más! –exclamó Daisy–. ¡Por favor..., vámonos!

–Después de todo, ¿quién es usted? –interrumpió Tom–. Uno de la pandilla de Meyer Wolfsheim... Lo sé... He hecho una pequeña investigación sobre sus asuntos, y mañana la continuaré.

–Como guste..., camarada –dijo Gatsby, tranquilamente.

–Me he informado acerca de sus droguerías –Se volvió hacia nosotros, hablando de prisa–. Este y Wolfsheim compraron un montón de droguerías situadas en calles apartadas, aquí y en Chicago, y en el mostrador vendían aguardiente de maíz. Esta es una de sus pequeñas hazañas... La primera vez que le vi me dio la impresión de ser contrabandista de alcohol, y no me equivoqué en mucho.

–¿Y qué hay con eso...? –dijo Gatsby, cortésmente–. Por lo visto, su amigo Walter Chase no tuvo tantos humos y se metió en el asunto.

–Y usted le dejó en la estacada, ¿no es cierto? Permitió que pasara un mes en la cárcel, en Nueva Jersey... ¡Santo Dios! ¡Tendría que oír lo que Walter dice de usted!

–Vino a nosotros sin un chavo... Quedó muy satisfecho al hacerse con un poco de dinero, camarada.

–¡A mí no me llame camarada! –gritó Tom. Gatsby no contestó–. Walter pudo haberles denunciado por contravenir la ley de apuestas, pero Wolfsheim le espantó, haciéndole cerrar el pico –La poco familiar, aunque reconocible expresión, asomó de nuevo en el rostro de Gatsby–. Ahora está metido en algo que Walter no se atreve a decir.

Miré a Daisy –que contemplaba aterrorizada a ambos contendientes– y a Jordan que había empezado a balancear un invisible e intrigante objeto en la punta de su barbilla. Me volví hacia Gatsby y me sorprendió su expresión. Tenía el aspecto –y esto lo digo despreciando olímpicamente las habladurías de su jardín– de haber matado a un hombre. Por un instante, la expresión de su rostro pudo ser descrita así, de esta fantástica manera.

Se desvaneció su extraña expresión y empezó a hablar excitadamente a Daisy negándolo todo y defendiendo su nombre contra acusaciones no formuladas. Sin embargo, a cada palabra suya, ella se retiraba más y más dentro de sí misma. Por fin, Gatsby se rindió y, sólo en el somnoliento silencio de la tarde agonizante, intentó coger lo que no era ya tangible, luchando tristemente, sin desmayar, por aquella voz perdida al otro extremo de la habitación.

De nuevo, la voz pidió irse:

–¡Por favor, Tom, ya no puedo más!

Sus asustadas pupilas decían, bien claramente, que cualquier intención, cualquier valor que hubiera tenido, se había esfumado definitivamente.

–Daisy –dijo Tom–. Tú y Gatsby os vais a casa en su coche.

Daisy le miró alarmada, pero él insistió, con magnánimo desprecio:

–Puedes ir; ya no te molestará. Me parece que se ha dado cuenta de que su presuntuoso pequeño flirteo se acabó.

Se marcharon sin una palabra, de repente, aislados, al igual que fantasmas.

Al cabo de un momento, Tom se puso en pie y envolvió de nuevo la botella de whisky.

–¿Queréis un poco de esto...? ¿Jordan...? ¿Nick...? –ofreció.

No contesté.

–¿Nick...? –repitió.

–¿Qué...?

–¿Quieres un poco...?

–No.

Acababa de acordarme de que aquel día precisamente era mi cumpleaños. Cumplía treinta años; ante mí se extendía el portentoso y amenazador camino de una nueva década.

Eran las siete cuando subimos al "cupé" y nos dirigimos a Long Island. Tom hablaba incesantemente, exultante, risueño, pero su voz estaba tan lejos de Jordan y de mí como el extraño bullicio callejero o el tumulto del tren elevado. La simpatía humana tiene sus límites; nos sentíamos contentos de dejar desvanecerse sus trágicas discusiones bajo las luces de la ciudad. Treinta años... Promesa de una década de soledad, una lista más reducida de amigos solteros, una cartera cada vez más delgada, indicios de calvicie... Pero Jordan estaba a mi lado y, al contrario que Daisy, era demasiado prudente para arrastrar, de época en época, olvidados sueños. Al pasar por encima del oscuro puente, su pálido rostro se apoyó, perezosamente, sobre mi hombro, y el formidable tañido de los treinta años se apagó a la tranquilizadora presión de su mano.

Así, pues, nos dirigimos hacia la puerta, a través del fresco crepúsculo.

El joven griego Michaelis, dueño del café emplazado junto a los montones de ceniza, fue el principal testigo en el sumario judicial. Durmió durante las horas de más calor, hasta después de las cinco; luego se dirigió al garaje, donde encontró a George Wilson enfermo en su despachito. Auténticamente enfermo, tan pálido como su pálido cabello, y temblando de pies a cabeza. Michaelis le aconsejó que se metiera en la cama, pero Wilson se negó, diciendo que si lo hacía perdería un negocio, y mientras su vecino intentaba convencerle, se oyó arriba un tremendo estrépito.

–Tengo a mi mujer encerrada –explicó Wilson, tranquilamente–. Allí se quedará hasta pasado mañana. Entonces nos iremos.

Michaelis se quedó de una pieza. Durante cuatro años habían sido vecinos, y Wilson jamás dio la impresión de ser capaz de llegar a tal extravagancia. Por lo general, era uno de esos hombres eternamente fatigados; cuando no trabajaba, se sentaba en una silla junto a la puerta, mirando la gente y los coches que pasaban por la carretera. Cuando se le hablaba, reía, invariablemente, en forma agradable e inexpresiva. Pertenecía a su mujer, no a sí mismo.

Naturalmente, Michaelis quiso averiguar lo ocurrido, pero Wilson no soltaba prenda. En lugar de responder, empezó a dar curiosas y recelosas miradas a su visitante, y a preguntarle lo que estuvo haciendo en ciertos momentos de ciertos días. En el instante en que el joven empezaba a sentirse desconcertado, unos obreros pasaron en dirección a su restaurante, de modo que aprovechó la oportunidad para irse, con idea de volver más tarde. Pero no regresó. En su declaración suponía que se le olvidó volver. Al salir de nuevo, a eso de las siete, se acordó de la conversación, porque en el garaje había oído la voz de Mrs. Wilson, sonora y regañona.

–¡Pégame! –oyó gritar–. Tírame al suelo y pégame... ¡Cochino cobarde...!

Un instante después se precipitaba en el crepúsculo, moviendo las manos; apenas acababa de salir a la carretera cuando, en un segundo, ocurrió todo.

El coche asesino, como le llamaron los periódicos, no se detuvo; salió de las sombras que empezaban a caer. Se bamboleó trágicamente y desapareció por el primer recodo. Mavro Michaelis ni siquiera estaba seguro del color; al primer policía le dijo que era verde claro. El otro coche, que iba a Nueva York, se paró a cien yardas. Su conductor se apresuró a acercarse a Myrtle Wilson, que estaba de bruces en la carretera, sin vida, con una espesa y oscura mancha de sangre absorbida por el polvo.

Michaelis y este hombre fueron los primeros en llegar; cuando abrieron la blusa, aún húmeda de sudor, vieron que el seno izquierdo de la víctima colgaba suelto como una aleta; no hacía falta auscultarle el corazón. Tenía la boca abierta, algo desgarrada en las comisuras, como si al entregar la tremenda vitalidad que durante tanto tiempo almacenara, se hubiera ahogado.

De *El gran Gatsby* (Plaza y Janés). Se agradece la colaboración de la librería La Central (Barcelona): www.lacentral.com - informacio@lacentral.com

sby

La habitación era grande y sofocante. Aunque eran las cuatro de la tarde, las abiertas ventanas sólo dejaron paso a una ráfaga embalsamada con los cálidos aromas de las hierbas del parque.

pensar que usted no lo sabía.

–¡Oh, eso es todo...! –Tom juntó sus dedos en actitud beatífica y se recostó en la silla–. ¡Está loco! –estalló–. No puedo decir nada de lo que ocurrió hace cinco años porque no conocía a Daisy, y que me aspen si entiendo cómo pudo acercarse a ella..., a no ser que fuera el que entra los comestibles por la puerta trasera... Pero el resto es una endiablada mentira. Cuando nos casamos, Daisy me quería; y sigue queriéndome ahora.

–No –opuso Gatsby, moviendo la cabeza.

–¡Claro que sí; lo que pasa es que, a veces, se le meten ideas tontas en la cabeza y no sabe lo que hace –afirmó Tom juiciosamente–. Y lo que es más: yo también la quiero. De vez en cuando echo una canita al aire y me porto como un tonto, pero siempre vuelvo a ella. En el fondo del alma, no dejo de quererla.

–¡Eres asqueroso! –exclamó Daisy; se volvió a mí. Su voz bajó una octava, y llenó la habitación con su escalofriante sarcasmo–. ¿Sabes por qué nos marchamos de Chicago? Me extraña





que no te hayan deleitado con la historia de la cana al aire.

Gatsby se le acercó, colocándose a su lado.

–Ya pasó todo, Daisy –le dijo ansiosamente–. No tiene importancia. Sólo debes decirle la verdad: que nunca le has querido, y que todo queda borrado para siempre.

Ella le miró, sin verle.

–¿Cómo puedo..., podía quererle?

–Nunca le quisiste.

Daisy vaciló; sus pupilas nos miraron a Jordan y a mí con una especie de súplica, como si, por fin, se diera cuenta de lo que estaba haciendo, y como si nunca, en momento alguno, hubiera tenido la intención de hacerlo. Pero ya estaba hecho. Era demasiado tarde.

–Nunca le quise –dijo, con perceptible esfuerzo.

–¿Tampoco en Kapiolani? –inquirió Tom, súbitamente.

–No... Ahogados y sofocantes acordes flotaban hacia arriba, desde el salón de baile, empujados por cálidas oleadas de aire.

–¿Ni el día en que te llevé en brazos desde Punch Bowl, para que no te mojaras los pies? –En su voz había una ronca ternura–. ¡Contéstame, Daisy...!

–No, ¡por favor! –Su voz era fría, mas todo rencor había desaparecido de ella. Miró a Gatsby–. ¡Oh, Jay! –dijo. Su mano temblaba al encender el cigarrillo. Repentinamente, tiró el cigarrillo y la cerilla a la alfombra–. ¡Pides demasiado! –gritó–. Te quiero ahora, ¿no es suficiente? No puedo evitar el pasado... –empezó a llorar, completamente indefensa–. Es cierto que quise a Tom, pero también te quise a ti.

Gatsby parpadeó, desconcertado.

–¡*También* me quisiste...!

–Incluso eso es mentira –dijo Tom, salvajemente–. Ella no sabía que usted vivía... ¡Vaya, hay cosas, entre Daisy y yo, que usted nunca sabrá...! Cosas que ninguno de los dos podremos olvidar.

Estas palabras parecieron morder a Gatsby.

–Quiero hablar a solas con Daisy –insistió–. Ahora está excitada.

–No puedo decir que nunca quise a Tom... –declaró Daisy, con voz lastimera–. No sería verdad.

–Claro que no –asintió Tom.

Daisy se dirigió a su marido:

–¡Como si te importara...!

–¡Claro que me importa! De ahora en adelante cuidaré mejor de ti.

–¿Es que no lo comprende? –dijo Gatsby, con verdadero pánico–. No se cuidará nunca más de ella.

–Ah, ¿no? –Tom abrió los ojos desmesuradamente, rompiendo a reír. Ahora podía permitirse el lujo de dominarse–. ¿Y por qué?

–Daisy le abandona.

–¡Sandeces...!

–Pues, sí –dijo ella, con visible contrariedad.

–¡No me abandona! –Las palabras de Tom parecieron abalanzarse sobre Gatsby–. Desde luego, no me dejará por un vulgar estafador que tendría que robar la sortija que le pusiera en el dedo.

–¡No puedo más! –exclamó Daisy–. ¡Por favor..., vámonos!

–Después de todo, ¿quién es usted? –interrumpió Tom–. Uno de la pandilla de Meyer Wolfsheim... Lo sé... He hecho una pequeña investigación sobre sus asuntos, y mañana la continuaré.

–Como guste..., camarada –dijo Gatsby, tranquilamente.

–Me he informado acerca de sus droguerías –Se volvió hacia nosotros, hablando de prisa–. Este y Wolfsheim compraron un montón de droguerías situadas en calles apartadas, aquí y en Chicago, y en el mostrador vendían aguardiente de maíz. Esta es una de sus pequeñas hazañas... La primera vez que le vi me dio la impresión de ser contrabandista de alcohol, y no me equivoqué en mucho.

–¿Y qué hay con eso...? –dijo Gatsby, cortésmente–. Por lo visto, su amigo Walter Chase no tuvo tantos humos y se metió en el asunto.

–Y usted le dejó en la estacada, ¿no es cierto? Permitió que pasara un mes en la cárcel, en Nueva Jersey... ¡Santo Dios! ¡Tendría que oír lo que Walter dice de usted!

–Vino a nosotros sin un chavo... Quedó muy satisfecho al hacerse con un poco de dinero, camarada.

–¡A mí no me llame camarada! –gritó Tom. Gatsby no contestó–. Walter pudo haberles denunciado por contravenir la ley de apuestas, pero Wolfsheim le espantó, haciéndole cerrar el pico –La poco familiar, aunque reconocible expresión, asomó de nuevo en el rostro de Gatsby–. Ahora está metido en algo que Walter no se atreve a decir.

Miré a Daisy –que contemplaba aterrorizada a ambos contendientes– y a Jordan que había empezado a balancear un invisible e intrigante objeto en la punta de su barbilla. Me volví hacia Gatsby y me sorprendió su expresión. Tenía el aspecto –y esto lo digo despreciando olímpicamente las habladurías de su jardín– de haber matado a un hombre. Por un instante, la expresión de su rostro pudo ser descrita así, de esta fantástica manera.

Se desvaneció su extraña expresión y empezó a hablar excitadamente a Daisy negándolo todo y defendiendo su nombre contra acusaciones no formuladas. Sin embargo, a cada palabra suya, ella se retiraba más y más dentro de sí misma. Por fin, Gatsby se rindió y, sólo en el somnoliento silencio de la tarde agonizante, intentó coger lo que no era ya tangible, luchando tristemente, sin desmayar, por aquella voz perdida al otro extremo de la habitación.

De nuevo, la voz pidió irse:

–¡Por favor, Tom, ya no puedo más!

Sus asustadas pupilas decían, bien claramente, que cualquier intención, cualquier valor que hubiera tenido, se había esfumado definitivamente.

–Daisy –dijo Tom–. Tú y Gatsby os vais a casa en su coche.

Daisy le miró alarmada, pero él insistió, con magnánimo desprecio:

–Puedes ir; ya no te molestará. Me parece que se ha dado cuenta de que su presuntuoso pequeño flirteo se acabó.

Se marcharon sin una palabra, de repente, aislados, al igual que fantasmas.

Al cabo de un momento, Tom se puso en pie y envolvió de nuevo la botella de whisky.

–¿Queréis un poco de esto...? ¿Jordan...? ¿Nick...? –ofreció.

No contesté.

–¿Nick...? –repitió.

–¿Qué...?

–¿Quieres un poco...?

–No.

Acababa de acordarme de que aquel día precisamente era mi cumpleaños. Cumplía treinta años; ante mí se extendía el portentoso y amenazador camino de una nueva década.

Eran las siete cuando subimos al "cupé" y nos dirigimos a Long Island. Tom hablaba incesantemente, exultante, risueño, pero su voz estaba tan lejos de Jordan y de mí como el extraño bullicio callejero o el tumulto del tren elevado. La simpatía humana tiene sus límites; nos sentíamos contentos de dejar desvanecerse sus trágicas discusiones bajo las luces de la ciudad. Treinta años... Promesa de una década de soledad, una lista más reducida de amigos solteros, una cartera cada vez más delgada, indicios de calvicie... Pero Jordan estaba a mi lado y, al contrario que Daisy, era demasiado prudente para arrastrar, de época en época, olvidados sueños. Al pasar por encima del oscuro puente, su pálido rostro se apoyó, perezosamente, sobre mi hombro, y el formidable tañido de los treinta años se apagó a la tranquilizadora presión de su mano.

Así, pues, nos dirigimos hacia la puerta, a través del fresco crepúsculo.

El joven griego Michaelis, dueño del café emplazado junto a los montones de ceniza, fue el principal testigo en el sumario judicial. Durmió durante las horas de más calor, hasta después de las cinco; luego se dirigió al garaje, donde encontró a George Wilson enfermo en su despachito. Auténticamente enfermo, tan pálido como su pálido cabello, y temblando de pies a cabeza. Michaelis le aconsejó que se metiera en la cama, pero Wilson se negó, diciendo que si lo hacía perdería un negocio, y mientras su vecino intentaba convencerle, se oyó arriba un tremendo estrépito.

–Tengo a mi mujer encerrada –explicó Wilson, tranquilamente–. Allí se quedará hasta pasado mañana. Entonces nos iremos.

Michaelis se quedó de una pieza. Durante cuatro años habían sido vecinos, y Wilson jamás dio la impresión de ser capaz de llegar a tal extravagancia. Por lo general, era uno de esos hombres eternamente fatigados; cuando no trabajaba, se sentaba en una silla junto a la puerta, mirando la gente y los coches que pasaban por la carretera. Cuando se le hablaba, reía, invariablemente, en forma agradable e inexpresiva. Pertenecía a su mujer, no a sí mismo.

Naturalmente, Michaelis quiso averiguar lo ocurrido, pero Wilson no soltaba prenda. En lugar de responder, empezó a dar curiosas y recelosas miradas a su visitante, y a preguntarle lo que estuvo haciendo en ciertos momentos de ciertos días. En el instante en que el joven empezaba a sentirse desconcertado, unos obreros pasaron en dirección a su restaurante, de modo que aprovechó la oportunidad para irse, con idea de volver más tarde. Pero no regresó. En su declaración suponía que se le olvidó volver. Al salir de nuevo, a eso de las siete, se acordó de la conversación, porque en el garaje había oído la voz de Mrs. Wilson, sonora y regañona.

–¡Pégame! –oyó gritar–. Tírame al suelo y pégame... ¡Cochino cobarde...!

Un instante después se precipitaba en el crepúsculo, moviendo las manos; apenas acababa de salir a la carretera cuando, en un segundo, ocurrió todo.

El coche asesino, como le llamaron los periódicos, no se detuvo; salió de las sombras que empezaban a caer. Se bamboleó trágicamente y desapareció por el primer recodo. Mavro Michaelis ni siquiera estaba seguro del color; al primer policía le dijo que era verde claro. El otro coche, que iba a Nueva York, se paró a cien yardas. Su conductor se apresuró a acercarse a Myrtle Wilson, que estaba de bruces en la carretera, sin vida, con una espesa y oscura mancha de sangre absorbida por el polvo.

Michaelis y este hombre fueron los primeros en llegar; cuando abrieron la blusa, aún húmeda de sudor, vieron que el seno izquierdo de la víctima colgaba suelto como una aleta; no hacía falta auscultarle el corazón. Tenía la boca abierta, algo desgarrada en las comisuras, como si al entregar la tremenda vitalidad que durante tanto tiempo almacenara, se hubiera ahogado.

De *El gran Gatsby* (Plaza y Janés). Se agradece la colaboración de la librería La Central (Barcelona): www.lacentral.com - informacio@lacentral.com

batalla naval

En cada tablero hay escondida una flota completa, igual a las que se muestran en las figuras 1 y 2. En cada uno se dan algunos de los cuadros invadidos por la flota, y otros que sólo tienen agua. Además, al pie de cada columna y al costado de cada hilera, se indica cuántos cuadros ocupa la flota en esa columna o hilera. Deduzca, para cada tablero, la ubicación de la flota. Tenga en cuenta que los barcos en ningún caso se tocan entre sí.

A.

Hileras: 2, 2, 4, 1, 4, 2, 1, 2, 1

Columnas: 2 2 2 4 1 1 2 1 4 1

Figura 1

1 Acorazado

2 Cruceros

3 Destructores

4 Submarinos

Agua

B.

Hileras: 2, 1, 4, 0, 4, 0, 0, 5, 1, 3

Columnas: 2 2 2 3 2 1 2 3 2 1

Figura 2

1 Acorazado

2 Cruceros

3 Destructores

4 Submarinos

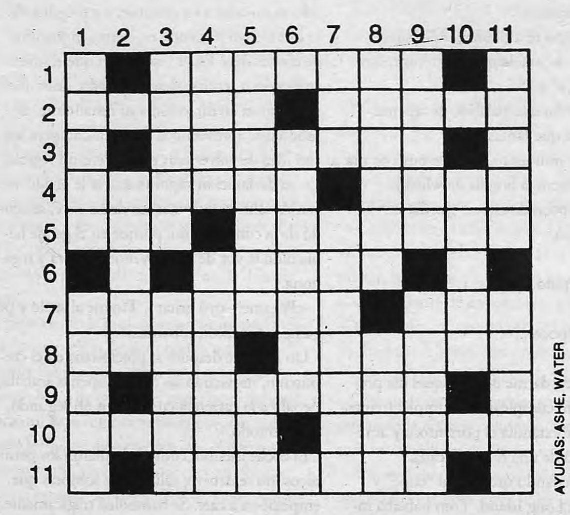
Agua

cruci-clip

Anote las palabras siguiendo las flechas.

- ORNAMENTO, ADORNO
- RASPAN
- (... WERT-MULLER) CINEASTA ALEMANA
- TENDER LA LLUVIA LAS MIESES
- ALA DESPLUMADA
- POSTRE-ROS
- (FITO) MÚSICO DE ROCK ARGENTINO
- RIBETE DE UN VESTIDO
- LEVANTÓ A ALGUIEN EN BRAZOS
- RAÍZ SE-CUNDARIA DE LAS PLANTAS
- MANANTIAL EN UN DESIERTO
- NIÑA PEQUEÑA
- DIVISO DESDE UN LUGAR ALTO
- CIUDAD DE FRANCIA, EN LA COS-TA AZUL
- REGIÓN CENTRAL DEL VIETNAM
- CAPA DE AGUA SUBTERRÁNEA
- FUROR, RABIA
- ARTE DE FABRICAR OBJETOS DE BARRO
- EJERCITA, PREPARA PARA UN DEPORTE
- RELATIVO AL SUEÑO
- SUAVIZAR
- OJOS SENCILLOS DE LOS INSECTOS
- CABEZAS DE GANADO
- PONER SO-BRENOM-BRES O MOTES
- RÍO DE ALEMANIA
- (... KHAYYAM) POETA PERSA
- SOCIEDAD ANÓNIMA COMERCIAL
- SATÉLITE DE SATURNO
- FUGAZ
- (BOB) POLÍTICO REPUBLI-CANO DE EEUU
- PRONOM-BRE LATINO: LO MISMO
- IMPÚDICA
- (AXL) LÍDER DEL GRUPO GUNS'N ROSES
- REMOVER LA TIERRA CON EL ARADO

crucigrama



HORIZONTALES

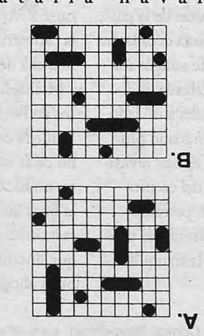
1. (Walt) Poeta norteamericano.
2. (Resnais) Director de cine francés./ Extingo la luz o el fuego.
3. Utensilio de mesa con que se llevan los alimentos a la boca.
4. Mancha redonda y bicolor en las alas de las mariposas (pl.)./ Abreviatura de señorita.
5. Punto cardinal./ Dar vueltas a algo o a alguien.
6. Pandilla.
7. Cosas ricas./ Alimento primordial.
8. (Arthur) Tenista estadounidense./ Que siente gozo o alegría.
9. Arcas grandes.
10. Cantidad de dinero que se paga por un alquiler o arrendamiento./ Cualquier ejercicio recreativo.
11. Metiese goles.

VERTICALES

1. Vulgares./ Raspará una superficie.
2. Piel del cuerpo humano.
3. (Pal. ingl.) Inodoro provisto de agua corriente./ Dinastía de China.
4. Bilis./ Sin vida.
5. Introducir novedades./ Oxido de calcio.
6. Conducto que concluye en el estómago.
7. Revista humorística estadounidense./ Alabanza afectada.
8. Adrede./ Divinidad suprema griega.
9. Relaté, conté./ Tiene.
10. Astrágalo, hueso del pie (pl.).
11. Poner huevos las aves e insectos./ Tumorcillos en una articulación.

soluciones

batalla naval



cruci-clip



crucigrama

